

su vida anduvo á pié mientras fué fraile, que fueron más de cuarenta años, y en todo este discurso no le conoció transgresion de la regla. Al cabo de este tiempo enfermó en el Convento de Uruapan, y estando en lo último de su vida, en presencia de todos los Religiosos, se arrojó con tanta fuerza que parecía que echaba llamas de fuego por el rostro, y al cabo de un cuarto de hora volvió en sí con tanta alegría que se volvió á los religiosos y les dijo *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. A descansar me voy, yo encomendaré á Dios á vuestras reverencias, y luego al punto espiró, siendo de más de setenta años de edad.



CAPITULO IV.

DEL PENITENTE P. FR. ANTONIO PEREZ.

Fué este penitente varon en el siglo muy rico y poderoso, y hallando entre las glorias de la vanidad y deleite tantos desengaños, trababa entre su resolucion y miedos una competencia que de dia y de noche le inquietaba; y equivoco entre el amor de sus riquezas y deseos de salvarse, no acababa de resolverse, hasta que le salió el sol en medio de las tinieblas, y deshaciendolas, le mostró el cielo seráfico, donde conoció el Oriente de sus dichas, y así se determinó á tomar el hábito de nuestro P. S. Francisco

y dejar al mundo lo que era suyo, y remontarse á su region; para asegurar en ella lo que temia perder en la inferior y mal segura de este siglo.

En fin, tomó el hábito en la Provincia de Michoacan con tan valiente resignacion, que desde luego libró en él los mejores partidos de su menester, y así lo remitió á donde los frutos de su ejemplo, predicacion y penitencia fuesen tan colmados como gratos à los ojos de Dios, que fué à la sierra de Michoacan, donde estuvo administrando los sacramentos mucho años, con tanta desnudez que parecia un Bautista en el desierto. Traia el hábito á raiz de las carnes y por túnica una cota de malla. la cual no se le cayò del cuerpo hasta que murió. Las disciplinas, ayunos y contemplacion de este siervo de Dios eran tan asiduos, que el contarlos fuera hacer un libro de ellos. Viviò con esta penitencia lo más del tiempo en tierra caliente, tan fragosa, é inhabitable que solo las aguas pueden sufrirla, y esas porque corren y pasan de largo. Pero este santo varon la habitó y sufrió por hacer nuevo sacrificio sobre el de su penitencia, sin faltar un punto de sus rigores,

oracion y desnudez en los ardores de aquella tierra.

Cada vez que le contemplo así, alabo á Dios en sus siervos por verlos donde la cama mullida, el pabellon y el retiro, es un purgatorio ardiente, y más cuando le miro trepando á pié y descalzo aquellas sierras tan fragosas y levantadas donde el sol es llama voraz que se traga à los caminantes. Remito á la admiracion el oficio de las palabras: pero solo una razon hallo que me responde à las dudas ¿de cómo vivió este siervo Dios tantos años en penitencia tan grande y tierra tan enfermiza? Y es que era tanta la fuerza de su espíritu que apagaba la del sol, y así trepaba las montañas al socorro de los indios, como la cervatíca al socorro de los hijuelos impelida del amor.

Y porque no le quedase rigor en que examinar la prontitud de la obediencia bajaba de la tierra caliente á la fria, que es la sierra de Michoacan donde los templos son muy frios, húmedos y lluviosos poniendo el fiel de su espíritu entre cualidades tan contrarias para que se levantase á lo sumo de la perfeccion. Y así llegó donde ni el tiempo, ni los templos pudieron des-

templar la consonancia de sus virtudes, hasta que la cota de malla puso coto y medida à la vida, abriéndole tantas llagas, que con los temples se corrompieron y le quitaron la vida en el Convento de Tarímbaro, donde está sepultado, con envidia de la sierra y tierra caliente.

CAPITULO V.

DE LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. FRANCISCO
DE CASTRO.

¿Quién tuviera el espíritu de San Hilarion y la grandeza de palabras que el Apóstol para solo copiar aquí la vida de este siervo de Dios, referir sus hechos y contar sus virtudes? pero ni tengo espíritu ni palabras con que hacerlo, porque si miro sus raptos, sus penitencias y atiendo à sus profesias, el mismo sentimiento, arrebatando las palabras de la pluma, las remite al silencio. Y así por no dejar de dar à la historia lo que es suyo, referiré su vida como pudie-

re, siguiendo el camino llano de la verdad y no el inculco de las palabras como advierte San Agustin: "Bonorum ingeniorum insignis est in-
doles in verbis verum amare, non verba.

Tomó el hábito de N. P. S. Francisco para lego en la ciudad de Valladolid y corrió su año de noviciado con la aprobacion que muestra su santidad. Despues de profeso se ejercitó tanto en la oracion y en la observancia de su regla, que no parecia sino un Angel en la tierra, porque lo más de la noche pasaba en el coro en oracion y disciplinas y todo el dia lo ocupaba en la oracion vocal y actos de la obediencia. Y como su santidad era ya tan rara y asomándose como luz á las calles y á las plazas, le aclamaban universalmente; y por eso los prelados libraron en su crédito el sustento del Convento de Valladolid, haciéndole su perpetuo limosnero, porque como es la cabeza y Seminario de la Provincia, donde se crian sus miembros y tan pobre, necesitaba del apoyo de este siervo de Dios. Empezó á pedir su limosna y correr la mayor parte de la Nueva España á pié y descalzo, con el hábito á raíz de las carnes, y de ordinario con diversos y varios cilicios, y por todos los caminos con una cruz de madera de dos varas y cuarta de largo, sobre el hombro: haciendo de los cami-

minos y de los monte, el Via Crucis al Calvario imitando á Cristo, redentor nuestro en esta forma, y caminando con esta carga seis y siete leguas de jornada sin desdecir de este principio en caminos tan largos y ordinarios; pues atravesó la mayor parte de este reino. Con esta nunca vista mortificacion se estendió por toda la tierra la santidad de este siervo de Dios y se le aficionaron tantos, que las limosnas eran ya copiosísimas, y el convento de Valladolid creció en todo, particularmente en la obra, que creció como espuma.

Al paso que caminaba y trabajaba se ejercitaba en todas las virtudes, así en la humildad que era hija de su padre y nuestro Seráfico, como en la caridad, pues por el sustento de sus hermanos era como el Sol, que lo atraviesa todo pero tan fatigado como el que lo hacia todo. Y con esto era tan abstinente, que el comer en él era alivio á las fuerzas naturales porque no faltasen antes de la jornada y no regalo ni costumbre y así se espiritualizó de manera que era muy ordinario hallarle por esos aires; y cuando caminaba parece que iba por ellos; ò ellos en sus alas le llevaban á la jornada. Y así le aconteció muchas veces que yendo camino por la sierra de Michoacan, donde las aguas son tan conti-

nus y generales que siempre está lloviendo, lle-
 vaba su limosna y algunos indios y otras perso-
 nas se la ayudaban á llevar, yendo ellos á caba-
 llo por tener cuenta con las cargas: y acontecia
 muy de ordinario llover aguaceros recísimos y
 que duraban toda una tarde y todo un dia sobre
 el santo Castro y sus compañeros y mojarse to-
 dos y el santo no, sino que caminaba á pié en-
 juto como un Moisés por las aguas del mar, de-
 jando el camino seco por donde iba, con la Cruz
 á cuestras y llegaba primero á la jornada que los
 que iban á caballo. Pero qué mucho que no se
 mojé ni se canse quien viene á la sombra de la
 que las fatigas y caminos trueca en glorias! *Sub-
 umbra illius quem desideraveram sedi.*

CAPITULO VI.

DEL DON DE PROFECÍA QUE TUVO ESTE SIERVO
 DE DIOS.

No paró la dicha de este siervo de Dios en
 favores con que le socorrió la persona el cielo,
 que como enviados de aquel Señor que lo sabe
 dar todo sin agotar su caudal eran maravillosos,
 sino que le dió el don de la profecía, para que
 con la cierta prediccion de lo porvenir, acabase
 de acreditar su santidad; y así profetizó muchas
 cosas, que fuera menester mucho espacio para
 contarlas, pero por conformarme con la brevedad
 diré algunas.

Estando este siervo de Dios en las minas de Tasco, le dijo á Gaspar López, mercader, que escusase mucho ver animal con cuernos, porque habia de morir en ellos: y como el crédito de su santidad era tan grande, desde luego el buen hombre tuvo por cierta la profecía, y no salia de su casa particularmente el dia de toros. Un dia que los hubo, despues de acabados, á la oracion, le enviò á llamar el Alcalde mayor para un negocio de impertancia. El, temeroso de los toros, enviò á un hijo suyo fuese á ver si habia quedado alguno en la plaza: fué y vió que habia quedado uno muerto y volvió y dijo que no habia ninguno, sino uno muerto; con lo cual el Gaspar López salió con luz encendida de su casa, y al entrar por la plaza se le apagó, y prosiguiendo su camino sin pensar lo errò y fué á dar con el toro muerto; y tropezando con él, cayó sobre los cuernos y se pasó por el corazon, quedando muerto en ellos; como si fuera su vida simbolo de la luz que al entrar en la plaza se apagó. Con esto el pueblo levanto las voces y aclamó la profecía del santo Castro.

A otro hombre, llamado Alonso Delgado, sastre, en las mismas minas de Tasco, le rogó este siervo de Dios que no se hallase en alguna pendencia ó riña porque le habian de matar. El

buen hombre, escarmentado de su vecino y satisfecho de la santidad del que le avisaba, vivió con gran cuidado y escusó todo lo posible las ocasiones. Un dia, estando trabajando, se armaron en su puerta unas cuchilladas, y él de improviso salió á meter paz, y tirando uno de la pendencia á su contrario la daga se la clavó por las sienes al dicho Alonso Delgado, y murio como lo habia dicho la profecía.

En el pueblo de Tajimaroa, donde de ordinario llegaba este siervo de Dios, en la mision de sus limosnas, vivia Don Diego de Lira y Sayas' y satisfecho de su santidad y profecías, le rogó que le dijese dónde estaba un gran tesoro que su suegro habia dejado enterrado. El siervo de Dios se encojió con la humildad que profesaba, para que Dios hiciese público lo que él encubria y se excusó confesándose por indigno de aquella gracia. El buen caballero se valia de la autoridad del guardian de aquel convento, y le rogó que se lo mandase, y así lo hizo llevándolo casi por fuerza y el santo, por entender que era voluntad de Dios, obedeció y así lo guió á un parage donde el siervo de Dios no habia estado en su

vida y subiéndose en un alto hizo pausa y con él todos los que le acompañaban, y levantando la mano hizo un círculo y dijo que allí estaba la plata tan blanca y pura como la habían enterrado. Empezaron á cabar y como cerró la noche lo dejaron para el otro dia, que fué en el que el santo pasó de largo, y así volvieron á cabar y no pudieron dar con ella, y se levantaron nuevas opiniones contra el crédito del siervo de Dios sin ver que el defecto estaba en ellos. De allí algunos dias volvió el siervo de Dios por allí y haciendole el Don Diego de Lira cargo del engaño, le respondió que no era voluntad de Dios que hiciera carrozas, engordara caballos y festejara damas y que por eso no habia hallado la plata. Y como le dijo al Don Diego los mismos pensamientos y devaneos que habia tenido aquella noche con la esperanza del tesoro, conoció su culpa y confirmó la santidad por verdadera, lo cual juró el Don Diego diciendo que le habia dicho el santo sus pensamientos del mismo modo que los habia tenido y así le quedó tan aficionado que viendo que no tenia hijos, deseándolos tener le rogó se los pidiese á nuestro Señor. El siervo de Dios se volvió á él y le dijo que habia de tener tantos que se espantara; y por-

que le creyese le dijo que ya estaba su mujer preñada de una hija, y así fué como se vió en el parto: y despues tuvo doce hijos con que se tuvo por cierto que hablaba por boca del Espíritu Santo; otras muchas profecias deo de escribir por no dilatarme.